

Atentados contra el P. Claret: hechos, causas, actitudes

Severiano Blanco cmf

El siglo XIX español se caracterizó por ser una época convulsa, de constantes vaivenes políticos y de lucha entre mentalidades; a la ilustración le costó encontrar acomodo en la península ibérica, y lo buscó torpemente, sin saber ganarse al pueblo. Entró con gritos de “viva la libertad” pero “prohibiendo la existencia” a quien no aceptase sus postulados, llamados liberales.

Claret nació en vísperas de la invasión napoleónica de la Península y murió en el exilio cerca de una España en luchas revolucionarias, que buscaba su propia forma de Estado.

Época de Cataluña. Claret no pudo terminar su carrera en el seminario de Vic, pues se cerró a causa de la primera guerra carlista (1833-1840). Ni pudo fundar una Congregación de Misioneros en 1839, como era su deseo personal. Y la Regencia de Espartero le impidió dedicarse a la predicación itinerante; solo pudo hacerlo al concluir esta, en 1843.

Pero los ánimos no estaban tranquilos. Él predica, con gran éxito, la paz y la concordia; pero esto no agrada a quienes desean revolución. Y muchos temen que su éxito arrollador pueda favorecer al sector político más conservador. No basta con que no toque temas de política. El anarquismo emergente ve en Claret un impedimento para sus planes de supuesta “modernización” de España; Jaime Brossa lamentaba: “Antes de la aparición del P. Claret, Cataluña estaba madura para el indiferentismo... De no haber existido el P. Claret, Cataluña habría comprendido el mensaje de la revolución”; y aún añadía: “nosotros no hemos sabido hacer ningún *Camino Recto*”. Evidentemente Claret molestaba a muchos.

La mayor parte del año 1846 Claret lo pasó en la diócesis de Tarragona (Aut 194: “no pocas veces los Prelados de otras diócesis me pedían a mi prelado para que fuese a misionar en sus diócesis, y este condescendía, y yo iba”). Allí surgieron grandes persecuciones contra el misionero: “había unos cuantos que querían asesinarme. El Sr. Arzobispo lo sabía, y un día hablábamos los dos de este peligro, y le dije: Excelentísimo Señor, yo por eso no me arredro ni me detengo. Mándeme Vuestra Excelencia a cualquier punto de su diócesis, que gustoso iré, y, aunque sepa que en el camino hay dos filas de asesinos con el puñal en la mano” (Aut 466).

No se llegó al atentado. Pero a finales de enero de 1847, a causa de un anónimo, el comandante general de Tarragona dio orden de detener a Claret, el cual tuvo que interrumpir su predicación en Povoleda y presentarse ante el comandante, que quedó convencido de su inocencia. Pero el peligro de desórdenes públicos impidió que Claret predicase tres semanas en Reus, como estaba previsto, y tuvo que retirarse a Vic por varios meses. Estamos en la segunda guerra carlista o *Dels Matiners*, y no está el ambiente para misiones (EC I, p. 197s y 201). En 1848-49 Canarias será su remanso de paz

Época de Cuba. Todo ha cambiado; Claret es ahora autoridad responsable, y echa mano de cuantos recursos le proporciona la ley civil y canónica para remediar males. Apenas llegado a la isla, tras percibir abusos sociales, morales, etc., publica su *Carta que contiene las principales Leyes de Indias*, la cual fue muy mal vista por los terratenientes esclavistas, ya que recordaba los derechos de los esclavos. Claret sabe que tiene a aquellos en su contra, y que “son enemigos de misiones, religión y moralidad” (EC I, p. 705). Un punto de especial escándalo para el arzobispo es la nula moral matrimonial, no solo entre los nativos, sino también entre los peninsulares que allí viven: concubinatos y adulterios. También en este punto se vale de la ley civil, y busca el apoyo de las autoridades españolas que dirigen la vida de la Isla. Pero a veces son estas las que dan escándalos en la materia, y Claret se muestra inflexible. En lo que de él depende, da todas las facilidades para regularizar situaciones, bendiciendo matrimonios interraciales; encuentra mucha oposición. Y un tercer campo de lucha fue el del propio clero: de los 125 sacerdotes con que contaba, la mayor parte vivían en concubinato, con el consiguiente escándalo para los fieles; el 83 por ciento tenían hijos. Claret abordó de frente el problema: exhortó cuanto pudo, y amenazó con penas canónicas a quienes no enmendasen la situación; en los casos en que no tuvo éxito procedió a la suspensión a divinis (EC I, p. 910).

En menor medida, Claret fue considerado una rémora para los revolucionarios independentistas; no predicó de política, pero su exhortación a la concordia fue vista como un impedimento para esa lucha; “sin advertirlo ni pensarlo he desarmado a los revolucionarios... mientras Dios me conserve la vida, no habrá revolución” (EC I, 580s).

Probablemente fueron muchos los que desearon darle muerte por uno u otro motivo; pero imponía respeto su alta dignidad y su prestigio. Piénsese en el que, en Santa Cruz del Sur, mató –de forma vicaria- a su concubina porque, arrepentida, decidió cambiar su vida (cf. Memorias P. Adoain). A él, a los pocos meses de estar en la isla, tuvieron el propósito **de envenenarle**, pero finalmente se echaron atrás (EC I, p. 581).

De hecho solo sufrió **un atentado cruento**, el de la ciudad de Holguín, en el atardecer del 1 de febrero de 1856. Por pura casualidad, la navaja no le alcanzó el cuello, que es a donde iba dirigida. Y los intentos continuaron en las semanas siguientes, cuando ya regresaba a Santiago; los perseguidores quemaron una hacienda en que había pernoctado y otra en que creían que iba a pernoctar (Aut 586).

Claret, aparte de intervención diabólica (Aut 585), manifestó dos motivos para este atentado: su lucha contra los amancebamientos (EC III, p. 235: “en esta archidiócesis hay muchos Herodes y Herodías que viven mal”) y contra el concubinato de los clérigos (“fui herido por dos clérigos lujuriosos”, en MssClaret vol. 12, p. 18).

Junto a su gozo místico-martirial de Claret y su generosidad para perdonar y dejarse matar, se hicieron notar también los normales temores humanos. Las consecuencias fueron gravísimas, tanto fisiológicas como psicológicas; su ministerio quedó prácticamente interrumpido durante un año, sus heridas tardaron en curarse, y cayó en una cierta depresión. Consultó al Papa sobre si seguir en Cuba o regresar a la Península (EC III, p. 235); pero la respuesta de Roma (el original está en el Aula Claret de

Colmenar, no donde dice el EpistPas) no le llegó hasta diciembre. Fueron para él meses eternos; ya en marzo pidió al cardenal Brunelli que urgiese al Papa una respuesta rápida, y le manifestó su clara convicción: “Yo bien conozco que si me quedo me matarán” (EC III, 239). Esta persecución y convicción fue motivo concomitante de que la reina, seguramente consultado el pro-nuncio Simeoni, llamase a Claret a Madrid.

Época de Madrid. Aquí los motivos de persecución se multiplicarán; son diversas formas de lo antirreligioso y lo antimonárquico. Aunque Claret se negó rotundamente a toda participación en política (renunció a su Acta de Senador, otorgada por ley en junio de 1857), ningún enemigo pudo creer que no influyese en las decisiones políticas de la reina. Por otro lado, los revolucionarios, e incluso Claret mismo, estaban convencidos de que su predicación, como antes en Cuba, desvanecía los intentos de levantamiento: “Yo estoy moralizando al pueblo, que es como si dijera destruyendo los elementos de revolución” (EC I, 1443; cf. 1442, 1550 y EpPas II, p. 57).

Ni que decir tiene que los movimientos antirreligiosos no soportaban el éxito arrollador de la predicación de Claret en la capital; y aquí toma cuerpo ante todo la masonería. Y la restauración de las instituciones de El Escorial, como fuerzas revitalizadoras de lo religioso y moral, sostenida por la reina, era aborrecida por los grupos antieclesiásticos y antimonárquicos, hasta denigrarla de forma furibunda en el congreso de los diputados (EC II, p. 410-416).

El odio contra Claret fue inmenso. Sin embargo hay que reconocer que no sufrió ningún atentado físico, sino que todo se quedó en propósitos e intentos, cuyo número quizá los biógrafos han exagerado. Los intentos documentados por declaraciones en el Proceso Informativo para la beatificación (1887-90) son cuatro o cinco, y no todos bien conocidos. A veces se han transmitido con “variaciones”. Con rigor conocemos:

***El convertido de la iglesia de San José.** Tenía el propósito de asesinar a Claret el 15 de octubre de 1859. Él mismo se lo contó a Claret entre lágrimas y abrazos. Pertenece a la masonería (Aut 688).

***El del puñal oculto.** Un asesino buscó a Claret como para hacerle una consulta; Claret, de inmediato, le hizo arrojar el puñal al suelo. Pertenece a una sociedad secreta (carbonarios, según A. Barjau) y le había tocado en suerte matar al arzobispo bajo pena de morir él mismo. Claret y su paje I. Betriu le disfrazaron para que pudiese huir sin ser reconocido. Lo declaró el P. Xifré como oído al P. Claret mismo (PIM ses. 17), y lo declaró también A. Barjau como oído a Ignacio Betriu (PIV ses. 28). El suceso tuvo lugar en la iglesia del hospital de Montserrat, y debió suceder antes del verano de 1863, fecha del último posible encuentro de Barjau con Betriu (EC II, p. 713).

***La carta envenenada.** Lo declaró D. Paladio Currius como oído de labio de Claret (PIT ses. 13); Currius dice que la carta llegó de América, y el P. Clotet (PIV ses. 55) especifica que de Estados Unidos, y que lo oyó de labios del Hno. Saladich, que fue quien llevó la correspondencia al arzobispo y quién recibió orden de destruir la carta; por tanto sucedió después de septiembre de 1863, fecha de incorporación del Hermano a la casa de Claret.

***El enfermo fingido.** Lo declaró el P. Clotet en PIV ses. 56 y en sus biografías de Claret, como oído a muchas personas, una de las cuales, religiosa de N^{ra}S^a de Loreto, especificó que sucedió en 1866. Se trata de un amante despechado por haberse convertido su concubina al oír un sermón de Claret. Se metió en la cama con dos pistolas bajo la almohada y envió a un amigo a pedir a Claret que fuese a administrarle los sacramentos. Cuando Claret entró en el aposento se encontró con que el potencial asesino era cadáver.

***¿En la revuelta de los sargentos?** Sucedió el 22 de junio de 1866, en el cuartel de San Gil, en la actual Plaza de España. Iban contra la monarquía y se supone que también pensaban asesinar a Claret, pero faltan datos concretos. Él se pasó el día escondido en el camarín de la Virgen, en la iglesia de Montserrat, y contó con la muerte segura (EC II, p. 1015ss).

Quizá hubo algunos intentos más, pero no están debidamente documentados; los anteriores se han contado a veces con variaciones y quizá legendarizaciones. ¿De dónde procede el breviario vaciado de revolver, que se conserva en la curia general?

En Francia. La representación diplomática española en París consiguió, en septiembre de 1870, una orden de busca y captura de las autoridades francesas contra Claret; por lo cual dejó Prades y se refugió en Fontfroide. Temió ser apresado en el camino, en Narbona, por lo cual siguió hasta la estación siguiente, el apeadero de Marcorignan (PIC ses. 4), más libre de vigilancia. El último intento de ataque al arzobispo fue el de unos republicanos de Narbona, envalentonados por la caída del imperio; anunciaron que irían al monasterio para arrancar a Claret de allí, a lo cual reaccionó el monje médico, P. Amadeo, diciendo que tendrían que pasar por encima de su cadáver (PIC ses. 4).

Entre tanto, las autoridades españolas juzgaban a Claret en Colmenar Viejo por supuesto robo de joyas en El Escorial. Su vicepresidente, D. Dionisio González, respondió por él, y pronto las acusaciones se desvanecieron (EpPas III, pp. 358-361).

Cómo vivió Claret estos sucesos

Frente a las persecuciones en Tarragona: “Todas mis aspiraciones han sido siempre morir en [un] hospital como pobre, o en un cadalso como mártir, o asesinado por los enemigos de la Religión sacrosanta que dichosamente profesamos y predicamos” (Aut 467). Siempre manifestó su deseo de sellar con la propia sangre las verdades que predicaba.

Por los días de Holguín: “Tenía hambre y sed de padecer trabajos y de derramar la sangre por Jesús y María; aun en el púlpito lo decía (Aut 573). De ahí el gozo espiritual en el atentado, que él vivió como primicias del martirio total (Aut 577).

Tras lo de Holguín manifiesta al Papa: “*Paratus vel loco cederé vel sacrificium consummare, si Deus ita velit*” (EC III, p. 235: “*dispuesto a cambiar de lugar o a consumir el sacrificio si Dios así lo quiere*”). Y al cardenal Brunelli, antiguo nuncio de Madrid, le

alude por entonces a las palabras de Pablo según en Hch 20,24: “Pero no me da nada [de mi propia vida] con tal que haga la voluntad de Dios” (EC III, p. 239).

En 1865, ante el dilema de dejar de ser confesor o regresar a Madrid, escribe: “en cuanto a las calumnias y muerte, con la ayuda de Dios no las temo”, y cita el texto completo de Hch 20,24: “con tal de cumplir... el ministerio de la palabra que recibí del Señor Jesús” (EC III, p. 504).

En mayo de 1862, en la capilla del palacio de Aranjuez, Claret se ofreció a Jesús y María como víctima, para sufrir trabajos “y aun la muerte misma, y el Señor se dignó aceptarme” (Aut 698); eran los días en que concluía la redacción de la Autobiografía, en la que incluía en su *Definición del Misionero*: “nada le arredra... se alegra en los tormentos” (Aut 494). A propósito de ese ofrecimiento aceptado por el Señor, escribirá años más tarde, ya desde Roma: “yo me ofrecí por víctima y el Señor se dignó aceptar mi oferta, pues sobre mí han venido toda especie de...” (EC II, p. 1410).

Ante la muerte del P. Crusats y la herida del P. Reixach, sabemos cuál fue su reacción: “Yo deseaba muchísimo ser el primera mártir de la Congregación, pero no he sido digno, otro me ha ganado la mano. Doy el parabién al Mártir y Santo Crusats, y al S. Reixach por la suerte que ha tenido” (EC II, p. 1298).

No cabe duda: Claret deseó el martirio, y lo vivió de forma muy peculiar. No se entregó a la muerte, incluso se escondió cuando la vio de cerca, pues nunca quiso pecar de temeridad, exponiendo gratuitamente la propia vida. Murió en la cama. Pero después de haber vivido una profunda espiritualidad martirial, que nada tiene que ver con el masoquismo, sino con la mística de la máxima configuración con Cristo Crucificado y con el amor a su Palabra, de la cual era gozoso heraldo y deseaba dar testimonio incluso cruento.

Severiano Blanco cmf